

4-22-7-35

65-4
68

8

GLORIA Y MARTIRIO.

POEMA EN TRES CANTOS

DEDICADO

AL PUEBLO Y MILICIA NACIONAL DE REUS

POA

DON PEDRO MATA.

Donado á la Biblioteca
Universitaria de Granada,
en memoria del malo-
grado poeta

BALDERRAMARTINEZ DÚRAN.

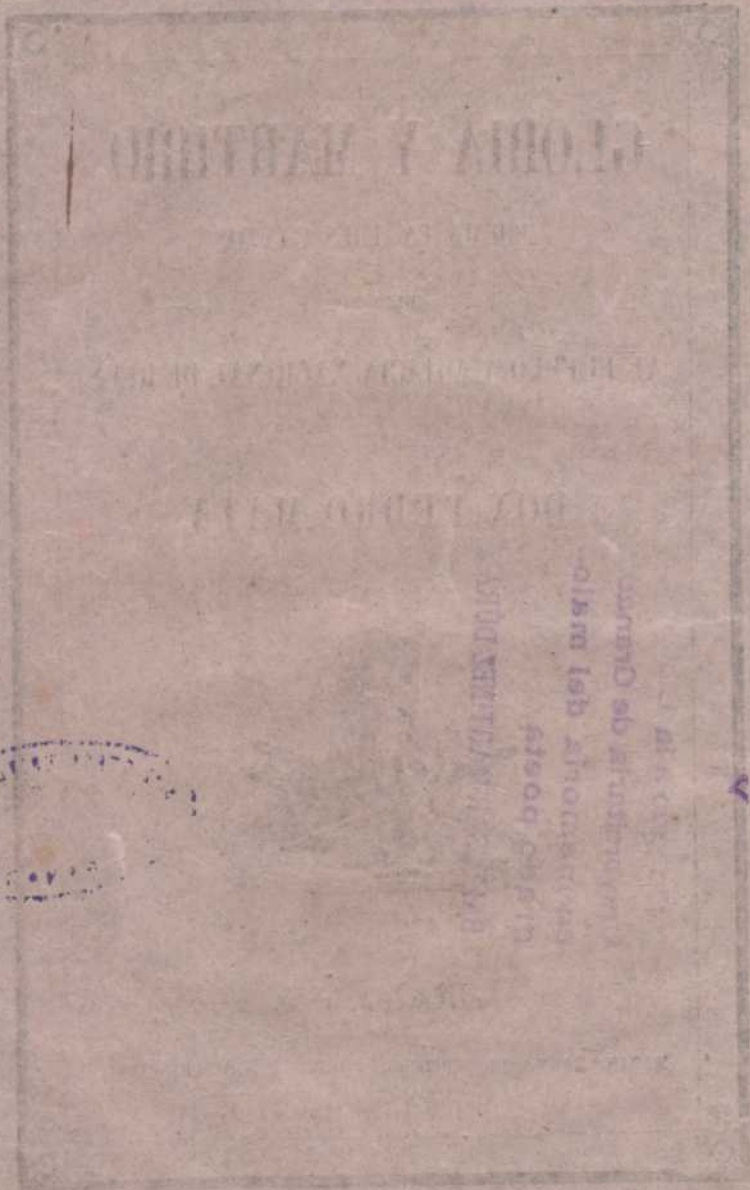


Madrid, 1855.

MANINI HERMANOS, EDITORES, FOMENTO, 38, PRINCIPAL.

122381752

B



A

Jonas
Uribe

MA

B. 34. 162

M. 86-1

GLORIA Y MARTIRIO.

POEMA EN TRES CANTOS

DEDICADO

AL PUEBLO Y MILICIA NACIONAL DE REUS,

POR

DON PEDRO MATA.

.....
 Niéguese Dios á los cobardes pechos,
 Que á fecundar con sangre no se atreven
 La sacrosanta causa de los pueblos...
 Cruzando los dolores de la muerte,
 Abriendo vá la libertad su senda.....
 La bala hirió tu corazon; mas libre
 Tu alma al empireo levantó su vuelo.
 TRONORO KOERNER.

Donado á la Biblioteca
 Universitaria de Granada
 en memoria del malo-
 grado poeta
 BALTASAR MARTINEZ DÚRAN.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 — GRANADA —

Sala C
 Estante 43
 Número 82(8)

MADRID, AGOSTO, 1855.

MANINI HERMANOS, EDITORES.—CALLE DEL FOMENTO, 38, PRINCIPAL.

GLORIA Y MARTIRIO.

POEMA EN TRES CANTOS

DEBIDO

AL PUEBLO Y MILICIA NACIONAL DE REUS.

DON PEDRO MATA.

ES PROPIEDAD DE MANINI HERMANOS.



MADRID, AGOSTO, 1872.

MANINI HERMANOS, EDITORES.—CALLE DEL POSEDO, 36, BARCELONA.

CUATRO PALABRAS PRELIMINARES.

~~Universitaria de Granada,~~

en memoria del malo-
grado poeta

BALTASAR MARTINEZ DÚRAN.

La experiencia me ha demostrado que nada hay mas á propósito, para prevenir á ciertos criticos contra el autor de cualquier obra, que el revelar en esta el color político del que la escriba. El espíritu de partido ciega y trastorna tanto las facultades del entendimiento, como las de la voluntad. Es una monomanía, por la cual, el que adolece de ella, es justo, es discreto, es recto y anda atinado en todo lo que no sea opinion política; mas en cuanto se dá lugar á que esta opinion se manifieste, aquellas buenas dotes desaparecen como por encanto. El espíritu de partido nos semeja á Don Quijote: cuerdo y prudente mientras de caballería no se tratase, loco de atar, en hablando de ella.

Esta conviccion me ha hecho vacilar algunos dias respecto de la publicacion de este poema, hasta que ha sido vencida por otra mas arraigada, porque tiene la justicia, la razon y la utilidad pública por base.

Sí. Desde luego me declaro adversario de los que opinan que la política no debe tener su lugar en la poesia. La poesia se ha creado tanto para la política como para todo lo demás.

¿Pues qué? ¿no hay en la política grandes verdades que propagar á todas las clases de ciudadanos? ¿No hay ideas fecundas que generalizar? ¿No hay sentimientos nobles que grabar en el corazon del pueblo? ¿Y cuándo ha dejado la política de tener poetas? ¿Cuándo han dejado de resonar trompas y liras, ensalzando á los monarcas y los principios que han representado sus estirpes? ¿Esas odas, esos cantos, que se han elevado hasta los

4
régios artesones, mas con el incienso de la lisonja y adulacion, que con el perfume puro de una conviccion sincera, qué han sido, qué han hecho, sino cantar politica?

Es tiempo ya de que los poetas dejen de cantar para los principes y magnates; es tiempo ya de cantar para el pueblo. Harto se ha envilecido la poesia lisongeando las pasiones de los Césares. Justo es que se ennoblezca, celebrando las virtudes de los que han vertido su sangre por la libertad del pueblo.

La poesia bajo todas sus formas, es la mas á propósito para inspirar al pueblo ideas sublimes y sentimientos generosos. Buenas son las obras didácticas, buenas son las lecciones, buenos son los discursos académicos y parlamentarios para educar al pueblo y disponerle á ser rey de si mismo, á ser el soberano único legitimo de su espontánea voluntad. Mas el pueblo, tomado en masa, como ser colectivo, en especial el mayor número, tiene mas corazon que inteligencia; y para hablar al corazon, hasta ahora no se ha conocido en la naturaleza idioma mas idóneo que el de las musas. El poeta es eminentemente superior al filósofo para hablar al pueblo. El mismo orador, el mismo tribuno, si no es poético en sus arranques é inspiraciones, si no hace vibrar los sentimientos, nunca es simpático á las masas.

† El poeta es el Moisés del pueblo.

Por mas que hayan querido negarlo ciertos criticos; por mas que hayan querido ridiculizarlo ciertos escépticos, el poeta verdadero tiene mision; porque tiene génio, y el génio ha sido siempre una emanacion de la inteligencia divina, destinada á rasgar el velo del porvenir, y á penetrar en lo mas recóndito de los altos designios relativos á los necesarios desenvolvimientos sociales. El poeta, pues, tiene mision, y esta mision es sublime; esta mision no se llena sino cantando.

¿Y qué ha de cantar el verdadero poeta al pueblo, sino su libertad, sino su independendencia, sino su dignidad, sino sus derechos, sino su poder que es su vida y su destino? El *pariterque monendo* de Horacio es de rigurosa aplicacion á la poesia que habla al pueblo. El drama y la cancion son necesarios en un pueblo, donde se disputan las convicciones principios encontrados. El drama y la cancion pueden hacer mas conquistas que los pronunciamientos y barricadas; pueden contribuir mas al órden social que la fuerza bruta, y de una manera mas humanitaria que la revuelta. El drama y la cancion no lanzan balas preñadas de la muerte; lanzan sentimientos, lanzan ideas, lanzan convicciones, y por lo mismo el triunfo, sobre ser mas suave, es mas sólido y, como tal, mas duradero.

En la politica hay tambien vicios que zaherir y virtudes que encomiar. El látigo de la sátira debe crugir sobre las carnes del especulador político, como cruge sobre las de cualquier otro vi-

cioso especulador moral, y las virtudes políticas merecen en la escena y en el poema la misma ovacion que cualquier otra virtud. Quizás y sin quizás, esto contribuiría á revivir las creencias, la fé y el entusiasmo, que, en daño de la sociedad, están apagando tiempo hace tantos ejemplos de vicios políticos, galardonados con toda suerte de gracias, y otros tantos de virtudes de igual género, abrumadas bajo el peso de la ingratitude, del escarnio y de la desdicha.

En los tiempos de Aristófanes, la poesia era un poder público. La sátira sangrienta de este mordaz escritor, y de cuantos marchaban por su senda, era el castigo de los malos ciudadanos: solo con el hierro candente del epigrama en accion, podia encenderse el carmin de la vergüenza en la impudente megilla del especulador político. Es cierto que alguna vez ciudadanos probos sufrían tambien este ostracismo; mas á vueltas de este daño inevitable, incomparablemente menor, habia un dique poderoso para contener la corruptela que de otra suerte no se hubiera detenido hasta la prostitucion.

El anciano Berenger en Francia no ha sido de los que menos hayan contribuido á favor de la causa democrática. ¡Cuántos de los que pelearon y murieron en las tres estériles jornadas de julio, cuántos de los que han peleado y muerto en 1848 no estaban nutridos de ese espíritu liberal que las canciones de Berenger han comunicado por todas partes con la electricidad de su géno!

¿Y la joven Alemania? ¿A quién sino á sus poetas contemporáneos es debido el primer grito de nacionalidad é independencia que han oido las márgenes del Rhin? ¿Quién ha suspirado mas por la emancipacion del suelo nacional y por las reformas liberales que los poetas de la escuela austriaca, prusiana; que los poetas de la escuela de Herwegh, que es política pura? ¿Quién escribirá la historia liberal del reino de Wurtemberg sin encontrarse con los cantos de Luis Uhland? ¿Quién ha hecho vibrar con mas energia los corazones inflamados en amor pátrio que el desdichado y héroico Teodoro Kærner, verdadero Tirteo de la Alemania?

¿Y cuántos no deberán á nuestro inmortal Quintana ese entusiasmo ardiente y generoso que inspira al mas apático el menos palpitante de sus patrióticos poemas?

Los jóvenes Asquerinos, Tomás Rubi, y algunos otros, lanzando su géno varonil al drama político, han hecho un bien á la conciencia de los buenos. ¡Dios los inspire!

Hablad al pueblo español, reunid al pueblo francés; arengadlos; los entusiasmareis sin duda, si vuestro discurso les habla á su razon y sentimientos. Mas entonad ante el primero el himno de Riego, cantad delante del segundo la Marsellesa, y los arrebatos de entusiasmo que brotarán de las masas os dirán si la poesia, si la lira no tiene cuerdas políticas.

¡Jóvenes poetas que sentís el sacro fuego de la inspiracion divina! Dios no os ha dado el estro que os entusiasma para ser escépticos ni retrógrados. Esa llama vivaz que os abrasa es el alma de la virtud, de la fé y de la libertad. Ved que sois vosotros los bardos de la generacion presente. A vosotros os está encomendado el panegirico de la honradez y la flagelacion del vicio. Volved la espalda á ese feo y hediondo escepticismo que por do quier propaga el descreido y venal, para engalanar su corrupcion y aromatizar su podredumbre; creed en la virtud, creed en la verdad, creed en el patriotismo; derramad sobre los corazones ávidos de aliento puro y balsámico las encantadoras flores de vuestra imaginacion fecundada por la creencia, y acribillad con las aceradas flechas de vuestra aljaba aristofánica al bárbaro inmorál que se complace en deshojar esas flores, calificadas de ilusiones y sueños vanos por los hombres de gastado corazon, y revolcados en el cieno fétido de un sensualismo brutal, de un asqueroso positivismo.

¡Ay de la patria, ay de la libertad el dia en que este escepticismo contamine tambien el corazon de la juventud! Los tiranos celebrarán con opíparos banquetes esa corrupcion inextinguible, y en el parasismo de su vértigo esclamarán otra vez... *el pueblo es plebe...*

Quien condena en poesia la política, ese proclama la esclavitud; aboga por la degradacion del linage humano.

La poesia es la belleza, la belleza la verdad, la verdad la dicha, la dicha la libertad, la libertad la vida.

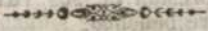
La poesia que no canta mas que amores es una flor de olor funesto; primero embriaga, luego envenena.

El poeta no solo es el cantor del corazon, lo es tambien del alma. El corazon puede avenirse con los voluptuosos halagos de los tiranos; el alma nunca. El alma y la libertad son sinónimos; son dos palabras diferentes para una idea.

Mientras haya un débil oprimido, mientras haya un derecho no respetado, mientras haya un privilegio injusto, el poeta no ha concluido su mision, no cumple con su deber, si no levanta con sus cantos la indignacion de los buenos contra los privilegiados, contra los déspotas y contra los opresores.



A MIS COMPATRIOTAS.



El primer rayo de luz que ha pasado por mis pupilas fué la luz de vuestro cielo. Vuestra pila bautismal es la mia; mi cuna se ha mecido entre vosotros.

¡Cuántos de vosotros habeis sido mis compañeros de infancia! ¡cuántos habeis sido mis condiscipulos!

Con vosotros aprendí los rudimentos del saber; con vosotros, y entre los vitores que daban nuestros padres á la Constitución de 1812, se inculó en mi sangre el espíritu liberal que tanto os caracteriza. Mientras el inolvidable autor de mis dias, desde la tribuna patriótica entusiasmaba á vuestros padres con arranques de acrisolado civismo, yo escuchaba horrorizado, pendiente de los lábios de mi madre, las iniquidades de la inquisicion y las infamias de los reyes absolutos.

En aquellos dias hirieron mi imaginacion infantil dos figuras fantásticas, representacion de dos hechos positivos. Un ángel, un ser benéfico, *la libertad*; y un mónstruo, un aborto del infierno, *el despotismo!*

Ocioso es decir que aborreci el despotismo y adoré la libertad.

El ódio al aborto del infierno y el amor al ángel benéfico han ido creciendo con mis años. Hoy amo mas que nunca la libertad; hoy aborrezco mas que nunca el despotismo.

Todos sabeis lo que he sufrido, las injurias, las calumnias, las persecuciones, los encarcelamientos, las emigraciones, los destierros y los sacrificios de toda especie que he tenido que arrostrar

por ese amor y por ese odio. Ni vosotros ni yo sabemos lo que me resta que sufrir. Sin embargo, venga lo que viniere, siempre será para mí adorable la libertad, siempre aborrecible el despotismo.

A mi vuelta de mi destierro en 1844, me habeis honrado con vuestra confianza, eligiéndome alcalde primero de vuestra heroíca villa.

En 1842, despues de haber abogado en el congreso de los diputados por vuestros intereses políticos y materiales, me recibisteis con inequívocas muestras de simpatías.

No hace muchos años, cuando mi anciano padre bajó al sepulcro, le acompañasteis á su última morada, con una pompa que era á la vez la espresion de sus virtudes y el emblema de vuestro corazon siempre benéfico.

Yo os debo mucho; vosotros á mi nada. Nada he podido hacer por vosotros. Mas clavado en mi corazon el vivísimo deseo de manifestaros mi gratitud, he compuesto años hace este poema, y hoy me decido á publicarle.

Hay en la historia contemporánea de la ciudad de Reus una página tan radiante de gloria, como ensangrentada por el martirio. Durante la terrible y fratricida guerra de los siete años, hubo un día cruelmente trágico, en el que estuvisteis sublimes. No conozco en las Iliadas, Odiseas y Eneidas héroes como los que en los campos de Vilallonga volaron á salvar á sus hermanos, asediados por los bárbaros que tremolaban la bandera absolutista.

Yo estaba desterrado. Al otro lado de los Pirineos orientales oí el clarín de vuestra fama. Los ecos de aquellos montes repetían que acababais de escribir con sangre en los campos del Morrell vuestro heroísmo.

Poco tiempo despues pasé por esos campos; todavía estaba humeando allí la sangre de los valientes. Llenos de lágrimas mis ojos iban buscando con avidez el lugar donde habian caído exánimes tantos de mis amigos; avancé, entré en mi suelo natal, y á todos os encontré cubiertos de luto y traspasados de dolor y de amargura.

Acababais de solemnizar las exequias de las víctimas; con los vapores del incienso y de los vasos funerarios, se elevaban á las regiones del Altísimo vuestros suspiros, el llanto de los huérfanos, el grito de las viudas y de las madres desoladas, ahogados por los himnos y las loas que entonaban las trompetas de vuestra fama inmortal.

Me entusiasmé y lloré....!

¿Sabeis quién me refirió los pormenores de esa terrible jornada, callándome cuanto atañía á su persona?.... Ah!.... ya no existe....! No lejos de esos mismos campos yace hecho polvo el

que tanto brilló en ellos. Tres ó cuatro meses bastaron para trocar, con escarnio de la virtud y del mérito, su corona de laurel por otra de siempreviva.

Ya que habías de morir, ¿por qué no moriste atravesado por una bala en los campos de Vilallonga? te hubiéramos llorado como una de las víctimas de las hordas de don Carlos, no como un mártir de la arbitrariedad de un soldado de Isabel...

El poema *Gloria y Martirio* canta ese día tan triste como célebre. El autor de este poema os le dedica, porque está seguro de que la lectura de estos cantos ha de encontrar entre vosotros por lo menos simpatías.

Quando los sacrificios de la Milicia nacional de España son tantos y tan notables; cuando son tan numerosos los hechos de valor y de heroísmo con que ha sostenido las instituciones liberales esa Milicia; cuando han sido innumerables las víctimas que los partidarios de don Carlos han inmolado en las aras de su espantosa bandera, nada mas fácil que en la historia de esa guerra cruel, y por tantos títulos deplorable, se entreguen al olvido los episodios que no han tenido relaciones directas con acontecimientos políticos ruidosos.

Para que no se olvide el vuestro; para que no pase desapercibida esa sangrienta jornada, para que sepa la España entera hasta qué punto sois liberales y valientes, hijos de Reus, he tomado la trompa épica y he cantado vuestra gloria, llorando vuestro martirio. Sirva al menos este canto de ignominioso padron para aquellos que os han tratado con tan horrenda ingratitud.

No me queda mas que un justísimo temor, el que mi lira no tenga cuerdas bastante armoniosas para cantar ni vuestro martirio, ni vuestra gloria. Vosotros me haceis envidiar la trompa épica de Homero, de Virgilio, del Tasso, de Camoens ó la de Ercilla.

Abóneme, al menos, el sentimiento que ha dictado estos versos. El amor á mi país, la gratitud y la amistad, hé aqui los númenes que me han inspirado en mi patriótico empeño.

¡Que los hombres intolerantes respeten estos sentimientos venerables!

¡Que vosotros mis compatriotas, respondais á ellos con vuestra benevolencia, y me daré el parabien de haber escrito este poema!

Pedro Mata.

que tanto a ellos se les...
car, con el...
por otra de siempre.

Y a que habia de ser...
una parte en los campos de batalla...
una de las victimas de las hordas de don Carlos, no como un
narrativa de la arbitrariedad de un estado de guerra.

El poema...
lebre. El autor de este poema es la historia, porque esta historia
de que la historia de estos siglos, ha de ser una historia de
puedo menos que hablar y de la historia de España son

Cuando los señores de la historia nacional de España son
tanto y tan variados: cuando son tan variados los hechos de
valor y la heroica con que ha sostenido las instituciones libe-

tales en España, cuando son tantas las victimas que
los partidos de don Carlos han causado en las aras de su es-
píritu humano, nada mas bello que en la historia de sus siglos
exact, y por tanto, tanto de historia, es necesario al orden los
episodios que han tenido lugar en la historia de España.

Los políticos...
Para que no se pierda el respeto, para que no sea desprecia-
cida esa historia que es la historia de España, para que no sea
vista una parte de la historia de España, de la his-

ma de la historia de España, de la historia de España, de la his-
ta historia, para que no sea vista una parte de la historia de España,
de la historia de España, de la historia de España, de la his-

ta historia, de la historia de España, de la historia de España, de la his-
ta historia, de la historia de España, de la historia de España, de la his-

ta historia, de la historia de España, de la historia de España, de la his-
ta historia, de la historia de España, de la historia de España, de la his-

ta historia, de la historia de España, de la historia de España, de la his-
ta historia, de la historia de España, de la historia de España, de la his-

ta historia, de la historia de España, de la historia de España, de la his-
ta historia, de la historia de España, de la historia de España, de la his-

ta historia, de la historia de España, de la historia de España, de la his-
ta historia, de la historia de España, de la historia de España, de la his-

ta historia, de la historia de España, de la historia de España, de la his-
ta historia, de la historia de España, de la historia de España, de la his-

Donado á la Biblioteca
Universitaria de...

GLORIA Y MARTIRIO.

Donado á la Biblioteca
Universitaria de Granada,
en memoria del malo-
grado poeta

BALTASAR MARTINEZ DÚRAN.

POEMA EN TRES CANTOS.

CANTO PRIMERO.

LA DERROTA.

¿No oís en lontananza los plañidos
De una campana que á la lid provoca?
¿No oís que, redoblando sus tañidos,
Con lúgubre clamor al pueblo invoca?
¡Atentos, escuchad! ya sus quejidos
El bronco estruendo del cañon sofoca:
¡Ellos son! ¡ellos son! vuestros hermanos
Os llaman al combate, ciudadanos.

Son los valientes que á la lid volaron
Del bárbaro enemigo en seguimiento;
Los bravos nacionales que sellaron
Con sangre su entusiasta juramento.
Son, sí, los leones que tal vez contaron
De sobra con su intrépido ardimiento,
Y en lucha desigual la muerte impía
Prolonga su martirio y su agonía.

Sobrado lo sabeis... En un torrente
Ocultos como tigres los facciosos,
Sobre un convoy de inadvertida gente
Cayendo furibundos y alevosos,
Se alzaron con su presa, y de repente
Huyeron á sus antros escabrosos,
Como huye el lobo con la res robada
Del bosque á la espesura enmarañada.

De la valiente Reus al ancho seno
Llega el rumor de tan cobarde hazaña;

Lánzase el pueblo de ira santa lleno,
Al grito de los parches, á campaña.
Unanime es la voz: «*que rudo freno*
Reprima de los bárbaros la saña.»
Y todos van, de su entusiasmo en alas,
Los vientos á poblar de negras balas.

Dos batallones eran... batallones
Modelo de instruccion y de bravura;
Formábanlos apuestos campeones
De brazo fuerte y progresion segura.
Orgullo del país, los corazones,
Al verlos, palpitaban de ternura,
Y todos ¡ay! creían que á su gloria
Encadenada estaba la victoria.

Opuesta direccion los dos tomaron,
Y un círculo espacioso describieron.
Los unos á los montes se lanzaron,
Los otros por los llanos se esparcieron.
A todos los rebeldes los burlaron,
Que en intrincados bosques se escondieron,
Rumiando allí con su feroz caudillo
El modo de pasarlos á cuchillo.

Sigue el segundo batallon la pista
De la gavilla osada que hizo presa;
Mas nunca alcanza á columbrar su vista
De la canalla la coluna espesa.
Fácil los llanos sin luchar conquista,
Y ansiando dar laureles á su empresa,
De la prudencia olvida los consejos,
Y avanza siempre y cada vez mas lejos.

Muéstrase al fin la pérdida gavilla,
Con gentes ahullando como lobos.
Tienden los nacionales su guerrilla
Por entre los olivos y algarrobos.
Rómpe se el fuego, y la feroz cuadrilla
Por no perder las prendas de sus robos,
Se aleja de las balas, que, silbando,
La muerte van por donde quier sembrando.

Al grito vencedor, los inespertos
Con impetu indomable se abalanzan.
Heridos en sus filas no hay, ni muertos,

BAYLONAS NAYKHEX DORVAK
 afoeo boefa
 en memoria del mejor
 Universidad de Granada
 Donato à la Biblioteca

Las balas del servil no los alcanzan.
 Quedan los campos hácia atrás desiertos,
 Que siempre todos á un nivel avanzan,
 Hasta que una descarga inesperada
 El lazo descubrió de una emboscada.

Esa descarga atroz á quema ropa,
 A retaguardia y por los flancos hecha,
 Diezma del libre vencedor la tropa
 Por un momento de terror deshecha.
 La fuga no es posible; do quier topa
 Quien huye con un grupo que le acecha.
 De salvación ha muerto la esperanza
 Y empiezan los traidores la matanza.

Vése brotar por todas partes gentes,
 Fusiles y trabucos y puñales.
 Vomitan pelotones los torrentes,
 Arrójanlos al par los matorrales.
 Ginetes con sus lanzas relucientes
 Acosan á los pocos nacionales,
 Que, uniendo su disperso remolino,
 Demandan ya á sus armas un camino.

Trescientos héroes, lastimoso resto
 De un batallon, en apretada masa
 Marchan al son de ataque, y barren presto
 La fiera turba, que á los lados pasa.
 Del campo á su bandera tan funesto
 Logran salir, y con su fuerza escasa,
 Se amparan de una aldea, cuya torre
 En tan horrible trance los socorre.

Sigue, rugiendo, la feroz canalla
 De esos valientes la inmortal coluna;
 Arrójales mortífera metralla.
 De rutilante sangre una laguna
 Cubriendo va los campos de batalla,
 Y no hay de tantas víctimas ninguna
 Capaz de conmover á esos salvajes,
 Que viven de rapiñas y carnages.

Cuantos son alcanzados allí mueren
 De un tiro que hunde en su cerviz la bala.
 La víctima infeliz que así no hieren
 Su último aliento con horror exhala.

Al filo del puñal, ó bien prefieren
 Con un placer, que al tigre los iguala,
 Su cráneo destrozár á culatazos
 Hundiendo en el cerebro los pedazos.

Como el torrente que, bramando, inunda
 Los campos, que rodean una peña,
 Así de la facción la turba inunda
 En torno de la aldea se despeña.
 Penetra en los hogares, y circunda
 La endeble torre, que á luchar se empeña,
 Con solo su puñado de valientes,
 Contra un inmenso mar de combatientes.

Ganosos de mas triunfos los facciosos,
 Y de mas sangre liberal sedientos,
 Irritan sus instintos rencorosos,
 Y, como en torno del redil hambrientos
 Los lobos dan aullidos espantosos,
 Así, lanzando á los batidos vientos
 Su horrible y discordante gritería,
 Se indignan de su propia cobardía.

En tanto los Reusenses, encerrados
 Allá en la torre, su existencia guardan.
 De una esperanza débil animados,
 No pierden su vigor ni se acobardan.
 Sus tiros son certeros, y rodeados
 En verse de cadáveres no tardan;
 Que cuantos se aproximan, ó descubren,
 Al punto el suelo con su cuerpo cubren.

Desgarradora con los tiros suena,
 Socorro demandando la campana.
 Como una madre por sus hijos, llena
 De súplicas los aires, y se afana
 En escitar de la comarca agena
 El bélico furor. Mas ¡ay! que es vana
 Su mísera plegaria! Sus lamentos
 Como un vapor se pierden por los vientos.

Nadie al clamor de ese metal responde:
 Los pueblos comarcanos enmudecen,
 Todos sus ecos la montaña esconde,
 Los vientos hácia el mar desaparecen.
 ¿Dónde estarán sus compañeros, dónde?

¿Cómo á su llamamiento no parecen?
 La pólvora agotada, su pujanza
 Se perderá tal vez con su esperanza.

Sarmientos, haces, resinosa tea
 Amontonando van junto á la torre.
 Las puertas arden ya, la iglesia humea,
 La llama en pos del combustible corre.
 Calcínase el dintel, líquida brea
 Vierte el altar, y rápido recorre
 Los velos del incendio el humo oscuro,
 Que salva ya del templo el alto muro.

Gozosos con su plan ¡vil cobardía!
 La llama con sus ojos van siguiendo.
 Al rojo rayo que, crujendo, envía,
 Arrojan un gruñido en coro horrendo.
 Envidian al incendio la agonía,
 Que irán con él las víctimas sufriendo,
 Y aguardan, dando voces infernales,
 Hundir en los que escapen los puñales.

¡Ah! no lo alcanzareis, que el Dios del cielo
 Piedad habrá de tan preciosas vidas.
 ¡Oid! ¡oid! como retiembla el suelo
 Al paso de las huestes aguerridas,
 Que á provocaros á sangriento duelo
 Volando van de indignacion movidas.
 Hiriólas ya la voz de la campana
 Y os han de destrozar, horda villana!

CANTO SEGUNDO.

EL RESCATE.

El otro batallon, que á las alturas
 Su planta dirigió con marcial brio,
 Del bosque y sus quebradas las honduras
 Batiendo anduvo en paz y á su albedrío.
 Los valles semejaban sepulturas,
 Guardaba aun las perlas del rocío

La yerba de los campos y veredas,
Ni vieron un mortal las arboledas.

Rastro no hallando de la grey que busca,
Desciende de los montes á los llanos.
Sopla del viento la corriente brusca,
Llevándose los ecos mas lejanos.
En encontrada direccion ofusca
Los gritos que le lanzan sus hermanos,
Y ni oye de su lucha el crudo fuego,
Ni oye del bronce el consternante ruego.

Avanzan, y los pasma que desierto
Se encuentre por do quiera su camino.
Avanzan mas y el campo ven cubierto
De negros tacos y color sanguino.
Avanzan mas aun, y hallan un muerto
Desnudo y mutilado... un campesino,
Antes que todos sigan adelante,
Quiere en secreto hablar al comandante.

«¡Alto!» el primero grita y ¡alto! ¡alto!
Repiten los soldados y oficiales.
Ninguno libre está de sobresalto,
Que todos en aquello ven señales
De algun suceso singular. De un salto
El gefe ya está allí, y los nacionales
Alejarse le ven con estrañeza,
Hablándole el labriego larga pieza.

Por no romper su estrecha disciplina,
No vuelan todos á escuchar en corro.
Mas cada cual discurre ó adivina
Que pide el labrador pronto socorro
Para salvar de la faccion carlina
Al otro batallon. Agita el gorro
El rústico; el caudillo le saluda
Y quédase la gente absorta y muda.

Sin dilacion discreto el comandante
A la oficialidad en corro llama.
Del asombrado batallon delante
Celébrase un consejo, que derrama
Por las curiosas filas al instante
La agitacion, y en ellas es ya fama,
Corrida de un extremo y otro al centro,

Que han visto aquellos campos un encuentro.

El comandante con sentido acento
Narrando vá á sus súbditos la historia
Del batallón, á quien dió fin sangriento
Del pérfido carlista la victoria.
Pendiente de su lábio escucha atento
El corro de oficiales, y es notoria
La pérdida que sufren de su calma,
Con la impresion, que ya atormenta su alma.

«¿Oís? les dijo el gefe, señalando
Con su tendido brazo y un oído
El punto, por el cual un eco blando
De la campana el lúgubre tañido,
Los tiros y el rumor del fiero bando
Traia á duras penas percibido:
Y todos su cabeza allí inclinaron,
Y todos como estatuas escucharon.

La tropa que en descanso murmuraba
Con pláticas al caso referentes,
Viendo al consejo, que escuchando estaba,
Sus pláticas cortó, volvió sus frentes
Al lastimero viento que llegaba,
Y de sus febles hálitos pendientes,
Ni uno perdió, y adivinó al instante
Lo que dijo el labriego al comandante.

Sumidos en silencio el mas profundo,
Todo se oyó con funeral tristeza.
De la campana el eco moribundo
A todos quebrantaba la firmeza.
Los tiros como voces de otro mundo
Sonaban sordamente, y su entereza
Hasta el mas bravo vacilar sentia,
Cuando ni tiros ni campana oia.

«Pues bien; ¿qué hacemos? exclamó el caudillo,
Dudoso de su efecto en el consejo,
«La torre donde están no es un castillo.
«De cuantos los asedian el despejo
«No es ya para sus fuerzas, y á cuchillo,
«O á fuego morirán... Yo no me alejo,
«Ni voy á su socorro sin oiros:
«Decidme adónde debo conducirlos.»



Dice el caudillo; su marcial mirada
 Por los semblantes rápida pasea,
 Y en todos vé la indecision pintada,
 Que ya el temor con el honor pelea.
 Ninguno en pró, ni en contra dice nada
 Hasta que al fin el voto que desea
 Saber el comandante, con voz fuerte
 Declara un capitán de aquesta suerte:

«Mengua y baldón para nosotros fuera
 «Dejar así morir nuestros hermanos;
 «¿Quién de nosotros hay que se atreviera
 «Cobarde á dar la espalda á esos villanos?
 «¿Quién á salvar al punto no corriera
 «La vida de esos bravos milicianos?
 «¿No ois que están pidiéndonos socorro?
 «¿Lo ois y aquí os estais formando corro?»

«¿Qué le direis, cuitados nacionales,
 «Al pueblo que os pregunte, qué habeis hecho?
 «¿Qué le direis, si no halla las señales
 «Del fuego y de la lucha en vuestro pecho?
 «Vedlos ahí; ya están en los portales
 «Su ajado rostro en lágrimas deshecho:
 «Ya creen que entre filas les volvemos
 «Los hijos, los esposos que salvemos.

«Las madres, las esposas, las hermanas,
 «Las hijas que ese estrago ya no ignoran
 «¿Qué no dirán al ver que han sido vanas
 «Las voces de los miseros que imploran
 «Socorro á nuestras armas ciudadanas?
 «¿Cobardes! nos dirán cuantos hoy lloran!
 «¿Cobardes! ¡miserables! ¡asesinos!
 «Índignos sois de ser nuestros vecinos.

«¡Oh! no, jamás! amigos, ataquemos;
 «El sol que nos alumbra es sol de gloria.
 «Que toquen á rebato, y avancemos;
 «El corazón me anuncia la victoria.
 «¡Muramos allí todos, ó triunfemos!
 «¿Que pasen nuestros nombres á la historia!
 «Si no quereis, si el miedo os anonada,
 «Yo iré con mis valientes y mi espada.»

Dijo, y el fuego de su voz guerrera



Los corazones inflamó mas frios
 «¡A ellos! exclamó con voz entera
 Todo el consejo que acrecióse en brios.
 «¡A ellos! repitió la tropa fiera
 Y dió á sus belicosos atavíos
 La misma exactitud y compostura,
 Que suele á su tocado la hermosura.

Al punto, que los gamos mas ligeros,
 Marchando en ala van los cazadores.
 En ala van tambien los granaderos
 Con talla y robustez de gastadores.
 Al centro los valientes fusileros
 Con música, cornetas y tambores
 Avanzan con pié firme y marcha exacta,
 En masa la mas túpida y compacta.

En tanto que terreno van ganando,
 Ya muchos mas cadáveres van viendo,
 Por su tostada tez los del vil bando
 Del bando liberal van distinguiendo.
 Todos están su desnudez mostrando,
 Que ya los desnudaron en muriendo,
 Y cuanto mas avanzan mas se aumentan
 Los que su cuerpo y tez mas blanca ostentan.

Los tiros, la campana y los bramidos
 De la chusma feroz se oyen mas claros.
 Del bronce predominan los gemidos,
 Los tiros van haciéndose mas raros.
 Ya solo con atroces alaridos
 Responde el sitiador á los disparos
 De los que desde su alto parapeto,
 Le tienen á su círculo sujeto.

Entran por fin en el fatal terreno,
 Donde la vil traicion hizo su estrago.
 El suelo está de nacionales lleno,
 Que de su sangre nadan en el lago:
 Conmuévese á su vista el mas sereno,
 Sintiendo del horror el grito aciago,
 Y nadié se atreviera dos instantes
 Sus ojos á clavar en los semblantes.

El cuadro era horroroso: los malvados
 A todos los pasaron á degüello.

Veíanse los cráneos aplastados,
 Cabezas separadas de su cuello,
 Cadáveres vilmente mutilados,
 Rostros convulsos, que el horrible sello
 Guardaban de la bárbara agonía,
 Con que el faccioso atroz se complacia.

¡Y era forzoso con resuelta planta
 Por este campo atravesar terrible!
 ¡Y era forzoso en esta sangre santa
 Teñir el pié, posándole insensible
 Tal vez sobre la lívida garganta,
 Sobre el sangriento pecho ¡idea horrible!
 De un padre, de un amigo, de un hermano,
 Que allí tendió sin vida el inhumano.

Mas ni eso los detuvo: su heroísmo
 Rayó en aquel momento en fabuloso.
 El fuego de su ardiente patriotismo
 No les dejó sentir cuán horroroso
 Era estampar su pié en aquel abismo,
 Capaz de amedrentar al mas fogoso,
 Y todos, como flechas disparados,
 Pasaron sin mirar á los finados.

A tiro de fusil los foragidos
 Los vierón ya llegar, y se alarmaron.
 Salieron en tropel, envanecidos
 Con los primeros triunfos que alcanzaron.
 En varios pelotones esparcidos,
 Nutrido fuego sin cesar trabaron;
 Mas esta vez, no habiendo una emboscada,
 No habia de ser suya la jornada.

Los bravos cazadores en guerrilla
 Por la derecha al enemigo cargan.
 Los granaderos fuego, que acribilla,
 Hacia la izquierda con furor descargan.
 El centro unido avanza hacia la villa,
 Y en su resuelta marcha, no le embargan
 Las hordas, que los ámbitos despejan,
 Y que mal de su grado ya se alejan.

Allí fué el trance cruel, allí la fiera,
 La horrenda sensación y atroz espanto:
 Allí debió quedar esa haz guerrera,

Helada de terror y de quebranto.
 Allí debió pararse toda entera,
 Rompiendo en alaridos, y en su llanto
 Los muertos anegar que descubrieron,
 Cuando á ganar la poblacion corrieron.

En reducido trecho amontonados
 Se hallaban los cadáveres calientes
 De los que, de cansancio rezagados,
 Cayeron en las garras inclementes
 De la turba feroz y acribillados
 De heridas, que de sangre eran vertientes,
 El sueño del sepulcro allí dormían,
 Y al grito del tambor no respondían.

La hueste que avanzaba, allí sus ojos
 Tuyo á la fuerza que fijar, pasando.
 De todos conocia los despojos,
 Uno por uno á media voz nombrando.
 Y en tanto que los unos sus enojos
 Sentían con mas fuerza, otros gritando
 Iban, heridos de dolor impío,
 ¡ *Mi amigo!* ¡ *mi hijo!* ¡ *hermano!* ¡ *padre mio!*

¿ Quién describir podrá las sensaciones
 En esos infelices agolpadas?
 Lloraban los mas bravos corazones,
 Heridos con sus voces consternadas.
 Trocados en indómitos leones,
 Sin advertir do hundían sus pisadas,
 Turbada la razon, con ira ciega,
 Lanzáronse rugiendo á la refriega.

Así, cuando al volverse á su manida,
 El tigre y su pareja, encuentran yertos
 A sus cachorros, y una vez olida
 Su sangre, convencidos que están muertos,
 Arrancan con frenética embestida,
 Y espantan con bramidos los desiertos,
 Al cazador buscando por sus huellas,
 Que inflaman de sus ojos las centellas.

Dejando á las guerrillas la tarea
 De conjurar de otra irrupcion la plaga,
 Avanza la columna hácia la aldea,
 Por donde el grito de pavor propaga.

Desde las casas abrasarla idea
 La chusma que las llena; mas apaga
 Su fuego destructor la heroica gente,
 Con solo su resuelto continente.

De los hogares las endebles puertas
 Sobre sus goznes con estruendo giran;
 Ciéganse las ventanas, y desiertas
 Calles y plazas con horror se miran.
 Saltando por las tapias á las huertas,
 Los fugitivos en tropel se tiran;
 Unos en negros sótanos se ocultan;
 Otros en los lagares se sepultan.

Un peloton de foragidos, ciego
 Ya de terror, sin direccion se lanza
 De un callejon, y á quema ropa fuego
 Hace á la tropa que triunfante avanza;
 Y aunque esforzada recupera luego
 La intrépida coluna su pujanza,
 De pronto se desbanda su cabeza,
 Y á todos se propaga su flaqueza.

Mas un valiente capitán, el mismo
 Que ya llevó la voz en el consejo
 «¡Viva la libertad!» con heroismo
 Grita, y su espada el rápido reflejo
 Arroja á los demás de su civismo.
 Asordan á la vez el lugarejo
 Los vivos y los parches, y al instante
 Muerde allí el polvo el peloton errante.

Ya, sin combate y sin estorbo alguno,
 Ganando van terreno hácia la torre.
 Es crítico el momento, es oportuno;
 A la coluna audaz que los acorre
 Unense los del fuerte, y de consuno
 Del pueblo al campo salen á que ahorre
 Su harto preciosa sangre el que se bate,
 Logrado de los presos el rescate.

No se oyen ya del bronce los tañidos,
 Ni el aire cruzan las silbantes balas.
 A la coluna, que se aleja, unidos
 Retíranse tambien los de las alas.
 De asombro y rabia llenos, los bandidos

De imprecaciones las etéreas salas
 Poblado van, y ni hácia atrás se mueven,
 Ni al enemigo à perseguir se atreven.

¡Oh cuánto fuera el sin igual contento
 De los que su valor à su prudencia
 Supieron así unir, como el aliento
 A los que allí dejaron su existencia
 Pudieran ¡ay! volver! El sentimiento
 Ya à todos dominó sin resistencia,
 Que, fuera de peligros, el quebranto
 Fácil encuentra el manantial del llanto.

¿Dó está la lira que cantar pudiera
 Cuantas escenas hubo de ternura?
 ¿Dó está el pincel que al lienzo trasmitiera
 La mezcla de alegría y amargura,
 De tierna compasion y rábida fiera,
 De dulce esparcimiento y de tortura
 Que aquellos corazones inundaba,
 Mientras la gente hácia su hogar marchaba?

¿Y quién se atreveria, ¡santo cielo!
 Los cuadros à pintar desgarradores
 Del pueblo, que salió, cubriendo el suelo
 Por dó iban à pasar los vencedores?
 Heladas son las voces que su duelo
 Quisieran espesar, y los dolores
 De las familias que iban sollozando,
 Y à todos por los suyos preguntando.

En alas cabalgando de los vientos,
 El eco allí llegó de la derrota.
 Cuajáronse los aires de lamentos;
 La poblacion entera, en llanto rota,
 Las piedras ablandaba, y sus cimientos,
 Como la fusta que en las aguas flota,
 Temblaban al rumor del vecindario,
 Que alzaba en masa un grito funerario.

Tendió la noche su enlutado manto
 Sobre aquel cuadro ya de horror sombrío.
 Llegaron los valientes, y quebranto
 Daba el mirar como ávido el gentío
 Las filas devoraba, agudo llanto
 Lanzando los que hallaban el vacío

De sus infaustos deudos inmolados
Al bárbaro rencor de los malvados.

Mándase al fin que la coluna rompa
Su marcha hácia los anchos arrabales.
Une al tambor la belicosa trompa
Con estridente son himnos marciales.
De luminarias la espontánea pompa
Alumbra los balcones y portales,
Y véñse los guerreros polvorosos,
Que están de sangre y pólvora horrorosos.

Callan los parches, las cornetas callan
Y apáganse á su vez las luminarias.
Ya en sus hogares los valientes se hallan,
Narrando del combate escenas varias.
Las madres, las esposas que no acallan
Su agitacion y angustia, sus plegarias
Confunden con los gritos penetrantes,
Que huérfanos exhalan los infantes.

Sus frescas rosas esparció la aurora
Por el ambiente azul del claro oriente;
Las cúpulas el sol doró, cual dora
Siempre del hombre al duelo indiferente.
Lloraba todo el pueblo, como llora
Quien del dolor la aguda espina siente,
Y unidos con cien vínculos, tributo
Todos tuvieron que pagar al luto.

Los nacionales, que tal vez fugados
Pidieron un refugio á la montaña,
Iban volviendo pobres, destrozados,
Mas llenos de tristeza que de saña.
Ya como muertos en la lid llorados,
Su inesperada aparicion se estraña,
Y arrojáñse á sus brazos los parientes,
Soltando de sus lágrimas las fuentes.

El bravo capitan que tantos bienes
Dos veces consiguió con su bravura;
El bravo capitan, en cuyas sienas
La gloria destellaba su hermosura;
Del pueblo agradecido parabienes
Con profusion y sin igual ternura,
Dó quier que se escondiése, recibia,

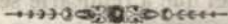
Y era del nacional la idolatria.

Mas, ¿qué se hicieron tan heróicos hechos?
 ¿Qué galardón logró tal sacrificio?
 ¿Cuál fué el honor que esos valientes pechos
 Cruzó de su virtud en noble indicio?
 Los ojos ¡ay! en lágrimas deshechos
 Fuerza es cerrar, al ver que solo al vicio
 A la lisonja y dolo galardona
 La infame corrupcion que los abona.

¡Milicia nacional! ¡Legion valiente,
 Que tanta sangre leal has derramado!
 Tú, que tambien, con tu laureada frente,
 Por las caudinas horcas has pasado,
 Recuerda tu rubor, tu rabia ardiente,
 Cuando la ingratitude te ha desarmado,
 Y así comprenderás con qué coraje
 Debíó llorar la inclita Reus su ultraje.

Ven á mirarte en este triste espejo,
 Que en él tu propia suerte se retrata.
 La milicia de Reus es tu reflejo;
 Ella tambien murió de mano ingrata.
 Si el irritante cuadro que bosqueja
 Tu pecho en santa indignacion desata,
 Si sientes la pasion que á mi me inspira,
 No quiero mas laurel para mi lira.

¡Oh! sí, la sentirás! La ingrata mano
 Que te arrancó, en sus iras, tus pendones,
 Para apagar tu corazón, en vano
 Convierte en invectivas tus blasones.
 Cortar cabezas logrará el tirano,
 Mas nunca dominar los corazones,
 Y tú, que has sido leal, hidalga y brava,
 Nunca tendrás el corazón de esclava.



CANTO TERCERO.

EL MARTIR.

Era de mayo un azulado día.....

Solo dos veces con veloz carrera
 Por su órbita la luna errado habia,
 Cuando una tarde música guerrera,
 No acostumbrada, resonar se oia,
 Y entraba en Reus amenazante y fiera
 La gente que un soldado acaudillaba,
 Al logro de los planes que abrigaba.

Con bayoneta armada y torvo ceño
 Las calles recorrió y tomó cien puntos.
 Creia el pueblo que era aquello un sueño;
 Ninguno adivinaba en sus barruntos
 Cuál era del soldado el grave empeño,
 Ni comprender podian por qué asuntos
 Llegaba á desplegar un aparato,
 Que hasta para un contrario fuera boato

Ganada la ciudad, el pregonero
 Las plazas atronó y encrucijadas.
 Mandaba el general al pueblo entero
 Las armas deponer en horas dadas.
 A la oficialidad habló altanero
 De tramas en secreto allí fraguadas,
 De horribles clubs, de planes horrorosos,
 Que urdian anarquistas y facciosos.

Nadie sus labios desplegó atrevido.
 El mismo capitan, que tan valiente
 Fué en el consejo y en la lid, sumido
 En el silencio general, prudente
 Supo acallar su corazon herido;
 Y cuerdo fué, que un gefe así imponente
 Detrás de la ordenanza se atrinchera
 Y, ¡ay del que á replicarle se atreviera!

Como la ondulacion que se difunde
 De un punto herido á los demás del lago,
 Así veloz por todo el pueblo cunde
 Del gefe militar el rudo amago.

En un mar de zozobras cae y se hunde
 El corazon del bueno, que es aciago
 Del ominoso désputa el acento,
 Cuando á las leyes niega acatamiento.

Hombres sin fé y sin corazon, miedosos,
 Siempre fingiendo ver de la anarquía
 Los hórridos amagos, alevosos
 Hollando van, antes que nazca el día,
 Como el ladron, de negra sombra ansiosos,
 Los domicilios que la ley cubria
 Con su égida paterna, y arrebatan
 A los que mas la ley del pueblo acatan.

Con gentes corrompidas, criminales,
 La pérhida intencion, el bajo insulto
 Confunde á los honrados liberales
 Que arrojan á la cárcel en tumulto.
 Y en tanto que los bravos nacionales
 Respiran su aire infecto, un ámplio indulto
 Prodigase al ladron y al asesino,
 Que prenden con la boina de carlino.

En premio de sus inclitas hazañas,
 En premio de la sangre que vertieron,
 En justo galardón de sus campañas,
 ¿Esos dos batallones qué obtuvieron?
 La saña mas feroz de cuantas sañas
 Los pechos envidiosos encubrieron.
 Les dió, con disolverlos, un castigo
 Que pareciera vil al enemigo.

Y en todo cuando Tarragona abarca
 Lo propio aconteció; furor sañudo
 Los pueblos desarmó de la comarca;
 En todos arrancó su brazo crudo
 Del seno de su hogar al que la marca
 Impuso de anarquista el lábio mudo
 Del delator infame, que encubierto
 De la venganza hallaba el campo abierto.

Y llora el corazon de rábia henchido,
 Al contemplar que ese terror funesto,
 Los ódios halagando de un partido,
 Los planes allanó del bando opuesto.
 Entra el carlista en Berga, y atrevido

Sobre sus muros tremolando enhiesto
 Su sangriento pendon, allí los reales
 Asenta de sus hordas infernales.

En vez de acometerlas denodados
 Lanzándolas de nuevo á sus guaridas,
 Diríase que huían los soldados
 De Berga y su comarca, á las partidas
 Rebeldes consintiendo que, trocados
 Los fuertes y las tapias destruidas
 En muros y baluartes perdurables,
 Se hicieran con el tiempo inexpugnables.

Todas las tropas hácia el sud se elejan,
 Y el campo á los facciosos abandonan;
 Rápidas van y sin defensa dejan
 Los pueblos que las hordas desazonan.
 ¿A qué, preguntareis, ¿á qué despejan
 Los campos, dó esas hordas se amontonan,
 Las tropas de la reina? ¿quién las guía,
 Quién de su noble empeño las desvia?

Un gefe de partido, un instrumento
 De un bando destructor del patrio fuego,
 Que, crédulo de un vil al torpe acento,
 Permite á los carlistas que en sosiego
 Estiendan su poder y campamento,
 En tanto que se lanza raudo y ciego
 Sobre un terreno leal y valeroso,
 Dó reina con las leyes el reposo.

Gozaos los que urdisteis en secreto
 Tan sórdida traicion; lo conseguisteis.
 Muchos murieron en la lid, que objeto
 De vuestros ódios eran; lo aplaudisteis!
 Hoy es el triunfo, que anheláis, completo;
 Las armas de los buenos recogisteis,
 Y en calabozos hórridos hundidos
 Ya están los *revoltosos* tan temidos.

Entre ellos ¡ay! su enojo devorando,
 Se encuentra el jóven capitán, que un día,
 Con su esforzada voz contra el vil bando
 Lanzó de un batallon la bizzarria:
 La baja envidia su furor nefando
 En él apacentó, y con saña impía

En premio de su gloria y su bravura,
Le hizo apurar el cáliz de amargura.

De Tarragona en un feroz castillo,
Que treinta siglos de existencia cuenta,
Dó sólo se oye del cerrojo y grillo
El horrído rumor y la tormenta
De innumerables presos, cuyo ovillo
De crímenes allí su trama aumenta,
Al jóven nacional aherrojaron,
Y el mundo de sus ojos arrancaron.

Era su calabozo una celdilla
Baja y angosta y fétida y oscura,
Paso á la luz negaba una regilla
Enmohecida al soplo de aura impura:
Agua brotaba de la negra Arcilla
Del suelo y de la tapia; la abertura
Que paso al rayo de la luz negaba
Fétidos miasmas al ambiente daba.

Ni un lecho, ni una tabla; húmedo el suelo
El sueño rechazaba del reposo.
El héroe su terrible y hondo duelo
Quiso sufrir con calma, y animoso
Buscó en sus sentimientos un consuelo.
Su corazón al cielo alzó piadoso,
Temiendo que ese ultraje á su inocencia
De Dios pusiese en duda la existencia.

¡Oh, jóven infeliz! ¿Por qué contigo
A mí también allí no me encerraron?
¿Por qué en tu soledad de un fiel amigo
Los cariñosos brazos te arrancaron?
¿Por qué no consintieron que conmigo
Llorases el dolor que te causaron,
Rasgando de una vez en cien pedazos
De tu sensible corazón los lazos?

¿No estaba como tú, y por igual trama
En otro calabozo sepultado?
¿No expiaba, como tú, la inicua fama
De hombre ambicioso y al desórden dado?
¡Ah! bien lo sé, que estérilmente clama
Quien de un partido el odio despiadado
Con su opinion y su virtud provoca;

Ese odio es cruel y la piedad sofoca.

No hay compasion, ni caridad siquiera
 Para el que triste victima se mira
 De un implacable bando. Se exaspera,
 Con su inocencia y sus virtudes, la ira
 De su perseguidor. Es ruda y fiera
 La mano que le oprime, y nunca inspira
 Ni del humano celo los cuidados
 Al mas feroz bandido prodigados.

En espantosa soledad sumido,
 Fijo en un mismo blanco el pensamiento,
 Sintióse el jóven mortalmente herido,
 Que entró en su corazon el desaliento.
 De muda indignacion el pecho henchido,
 Al peso se rindió del sufrimiento
 Y su alma generosa lastimada
 Del mundo quiso huir á otra morada.

La llaga de su espíritu profunda
 Ya por sí sola de mortal agujero
 Se emponzoñó con la mansion inmundada
 Que era de infectos miasmas semillero.
 Su sangre el fuego de la fiebre inunda,
 Abate el estupor su cuerpo entero,
 Sus lábios se ennegrecen, su tez quema...
 Todo anunciando está su hora postrema.

Descorre el carcelero los cerrojos,
 Que un juez vá al fin á interrogar al preso,
 Y al contemplar el cuadro que á sus ojos
 Ofrece el moribundo, siente el peso
 De la tremenda voz, que los despojos
 De un infeliz, sin crimen, ni proceso,
 Levantarán en contra de su bando,
 La indignacion del pueblo sublevando.

Sensible á la desdicha, al punto ordena
 Sacar de su antro fétido al doliente.
 Se esfuerza en mitigar su cruda pena,
 Lecho le dá y mas ventilado ambiente.
 En su palabra, su confianza plena
 Hidalgo deposita, y libremente
 Traslada una camilla al desdichado,
 De deudos y de amigos rodeado.

Mas ¡ay! que estéril la amistad se afana
 Y empieza el estertor de la agonía.
 No vuelve á levantar la flor lozana
 El cáliz que inclinó la furia impía
 Del que tronchó su tallo; la mañana
 No puede ya avivarla, cual solía;
 Sus pétalos se arrugan, se ennegrecen,
 Y en alas de los vientos desaparecen.

La muerte sonriendo desdeñosa
 Sentó en el lecho del dolor sus reales.
 Del moribundo en la garganta, ansiosa,
 De su terrible planta las señales
 Hondamente estampando, alzó la losa
 Y hundióse en las cavernas sepulcrales,
 Segura de su víctima, que en vano
 Contra un poder luchaba soberano.

Llega el supremo instante y en su frente
 Las sombras se disipan del delirio.
 Encuentra el infeliz en su alta mente
 Recuerdos que redoblan su martirio.
 Entre ellos ¡ay! su cáliz tristemente
 Sobre su tallo inclina un blanco lirio,
 Flor que en su ardiente corazón vivía,
 Y que hora también muere en su agonía.

Para exhalarse replegada su alma,
 Cruzaron por su faz dos pensamientos;
 Pedia el uno á Dios la santa palma
 Para una madre llena de tormentos.
 El otro para mí la dulce calma
 Que huía de mis tristes sentimientos
 Al mismo Dios, muriendo, demandaba
 Y su última mirada me buscaba.

¡Murió! ¡murió!... ¡la maldición terrible
 Caiga de Dios, sobre la frente impía
 Del que le asesinó! ¡que aborrecible
 Se haga á su vista el resplandor del día!
 ¡Que, hundido en la indigencia, inextinguible
 Sea su sed de crápula y orgía!
 ¡Le haga traición su esposa y el veneno
 De su hijo mas querida abraze el seno!

¡Oh! ¡no! Señor, perdon! las maldiciones

No escuches que profiere el lábio mio,
 Inúndalos, señor, en tus perdones
 A los que he maldecido en mi estravio:
 Juguetes de políticas pasiones,
 Creyeron que era justo su desvío,
 Y acaso, siendo tiernos y bondosos,
 Los hizo su bandera rencorosos.

Tus rayos de esterminio no fulmines
 Ni contra el mas feroz de los tiranos.
 Cumple mejor á tus inmensos fines
 De fieras convertirlos en humanos.
 ¿Cuál de ellos há de ser que no domines
 Con solo tus deseos soberanos?
 Pronuncia tú una voz y los mas bravos
 Su freno tascarán mansos esclavos.

Planta en su corazon esa semilla
 Que sienten germinar los nobles pechos
 Y arrojarán sus manos la cuchilla;
 Los hierros caerán pedazos hechos;
 Ya no hincarán serviles su rodilla
 Delante de sus ídolos deshechos,
 Y en sus altares, en lugar de horrores,
 Verá la libertad risueñas flores.



